

# **Dr. Robert A. Peterson, La obra salvadora de Cristo, Sesión 10, 9 eventos salvadores, Parte 2, Requisitos previos esenciales, Encarnación y la vida sin pecado de Jesús**

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert Peterson y su enseñanza sobre las obras salvadoras de Cristo. Esta es la sesión 10, Los nueve eventos salvadores de Cristo, Segunda parte, Requisitos previos esenciales, Encarnación y la vida sin pecado de Jesús.

Continuamos nuestro estudio de lo que Jesús hizo para salvarnos, sus obras salvadoras y quizás mi punto principal a destacar de entre muchos puntos es que la muerte y la resurrección de Cristo deben entenderse juntas.

Jesús mismo predijo sus dos eventos salvadores claves. En Marcos 8:31, comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, ser asesinado y resucitar después de tres días. Véase también Marcos 9:31 y el capítulo 10, versículos 33 y 34.

En Juan 10, Jesús dice: Por eso el Padre me ama, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo por mi propia voluntad. Tengo poder para ponerla; tengo poder para volverla a tomar.

He recibido este encargo de mi padre. Juan 10:17 y 18. Pablo en Romanos también une la muerte y resurrección de Jesús.

Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Romanos 10:9 y 10.

Muchas veces Pablo combina la muerte y resurrección de Jesús como sus principales eventos salvadores. No voy a leer todos estos pasajes, pero los mencionaré en caso de que quieras buscarlos por ti mismo. Romanos 4:25, 2 Corintios 5:15, Filipenses 3:10, Hechos 2:22-24, Hebreos 1:3, 1 Pedro 1:11. Sin lugar a dudas, las Escrituras ponen de relieve la muerte y resurrección de Jesús cuando hablan de su obra salvadora.

En total, son nueve las obras salvadoras de Cristo. Voy a dar breves definiciones para que estemos en la misma sintonía. La encarnación es la conversión del Hijo de Dios en un ser humano mediante una concepción sobrenatural en el vientre de María.

La vida sin pecado de Cristo es el hecho de que vivió desde su nacimiento hasta su muerte sin pecar en pensamiento, palabra ni obra. Considero que estas dos cosas son condiciones previas esenciales de lo que Jesús hizo para salvarnos. Los acontecimientos centrales no son su encarnación y su vida sin pecado, sino más bien su muerte y resurrección.

Son distintos y, sin embargo, están unidos en el plan de Dios. El crucificado es el resucitado, y el resucitado es el crucificado. Dos condiciones previas esenciales, dos acontecimientos centrales y, luego, cinco resultados esenciales de lo que Jesús hizo para salvarnos.

Su ascensión es su regreso público al Padre, subiendo desde el Monte de los Olivos. Su sesión es su sentarse a la diestra de Dios después de su ascensión. Pentecostés, la fiesta judía, es conocida por los cristianos principalmente no como una fiesta judía sino con razón como la obra salvadora de Cristo al derramar el Espíritu Santo sobre su iglesia.

Su intercesión incluye la presentación perpetua en el cielo de su obra cruciforme terminada y sus oraciones en favor de sus santos. Su segunda venida es su regreso en gloria al final de los tiempos para bendecir a su pueblo y juzgar a sus enemigos. Así pues, el corazón y el alma de la obra salvadora de Cristo son su muerte y resurrección.

Sin embargo, hay muchos acontecimientos salvadores y yo destaco nueve acontecimientos importantes de la historia bíblica. La declaración clásica de la amplitud de la obra salvadora de Cristo es la de Juan Calvino en su himno de alabanza a Cristo. Si buscamos la salvación, escribió Calvino, somos instruidos por el mismo nombre de Jesús.

De él es, 1 Corintios 130. Si buscamos otros dones del Espíritu, los encontraremos en su unción. Si buscamos fuerza, trabalenguas, está en su dominio.

Si la pureza, en su concepción. Si la mansedumbre, en su nacimiento. Porque por su nacimiento, fue hecho semejante a nosotros en todo, Hebreos 2:17, para que aprendiera a sentir nuestro dolor, Hebreos 5:2. Si buscamos redención, ésta se encuentra en su pasión.

Si la absolución, en su condenación. Si la remisión de la maldición, en su cruz, Gálatas 3:13. Si la satisfacción, en su sacrificio. Si la purificación está en su sangre.

Si la reconciliación, en su descenso a los infiernos, que Calvino entendió como Jesús tomando la pena del infierno en la cruz. Si la mortificación de la carne, en su tumba. Si la novedad de vida, en su resurrección.

Si inmortalidad, en lo mismo. Si herencia del reino celestial, en su entrada al cielo. Si protección, si seguridad.

Si hay en su reino una provisión abundante de todas las bendiciones, si hay una expectativa tranquila del juicio, si hay poder para juzgar, si en él abundan los bienes de toda clase, bebamos hasta saciarnos de esta fuente y de ninguna otra.

Comenzaremos ahora a examinar los nueve acontecimientos salvíficos de Cristo, uno a la vez. La encarnación de Cristo. Ahora bien, para nosotros era de suma importancia que él, que iba a ser nuestro mediador, fuera verdadero Dios y verdadero hombre.

Puesto que nuestras iniquidades, como una nube que se interponía entre nosotros y él, nos habían alejado completamente del reino de los cielos, ningún hombre, a menos que perteneciera a Dios, podía servir de intermediario para restablecer la paz. Pero ¿quién podría llegar hasta él? ¿Alguno de los hijos de Adán? No. Al igual que su padre, todos ellos estaban aterrorizados ante la visión de Dios.

¿Qué, entonces? La situación habría sido desesperada si la majestad de Dios no hubiera descendido hasta nosotros, ya que no estaba en nuestro poder ascender hasta él. Por eso era necesario que el Hijo del hombre se convirtiera en Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, de tal manera que su divinidad y nuestra naturaleza humana pudieran crecer juntas por la conexión mutua. Al intentar describir al mediador, Pablo, con razón, nos recuerda claramente que él es un hombre, cito: un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús.

Otra cita de la Institución de Calvino. El Hijo tuvo que hacerse hombre porque la obra de salvación tenía que ser realizada por un ser humano para seres humanos. Esto se muestra maravillosamente en Hebreos capítulo 2. En Hebreos 2, la obra de salvación se presenta en tres imágenes.

Tenemos a Cristo como un segundo Adán, a Cristo como el vencedor y a Cristo como nuestro gran sumo sacerdote. Hebreos 2, después de citar el Salmo 8, un salmo de la creación que habla de la gran bendición que Dios dio a Adán y Eva para que fueran sus gobernantes bajo su mando, sus vicerregentes, por así decirlo. A quienes coronó de gloria y honor.

¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes? Hebreos 2:6, cita el Salmo 8, ¿o el Hijo del Hombre, para que lo cuides? Le hiciste un poco menor que los ángeles. Lo coronaste de gloria y de honra.

Todo lo sometisteis bajo sus pies. En el contexto, el Salmo 8 no habla de Cristo, sino de Adán y Eva. Y lo digo así: en su encarnación, ya que Jesús se convierte en el segundo Adán, un ser humano genuino, entra en el Salmo 8. No lo predijo.

Meditó sobre nuestros primeros padres y su posición privilegiada en virtud de la creación de Dios. Fueron creados por Dios a imagen de Dios. Pero cuando Cristo se hace hombre, entra en el Salmo 8. Ahora le pertenece porque es el hombre ideal, el segundo Adán.

El autor de Hebreos continúa y dice: “Ahora le pongo todo en sujeción a él, Adán, o la humanidad”. No dejó nada fuera de su control. Bajo Dios, Adán era un pequeño señor, por así decirlo.

Él tenía dominio. No debía abusar de la creación de Dios. Debía cuidarla.

Pero él ya lo había superado. Dios puso todas esas cosas, dice el Salmo 8, bajo sus pies. Sin embargo, en la actualidad, no vemos que todo esté sujeto a él, a la humanidad.

Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Jesús, el verdadero hombre, Dios-hombre, entra en el Salmo 8, y ahora se dice de él que el que hizo a los ángeles es un poco menor que los ángeles porque es un ser humano. Y el salmista usa el lenguaje del Salmo 8. Jesús ahora está coronado de gloria y de honra.

Adán y Eva eran así por creación. Jesús, por su poderosa resurrección, es coronado de gloria y honor, habiendo muerto por su pueblo en la cruz. Éste es el segundo Adán, el tema de la nueva creación de la obra de Cristo.

Observe cómo comienza. Vemos a aquel que por un poco de tiempo fue hecho menor que los ángeles. El autor de Hebreos comienza la metáfora del segundo Adán con una referencia a la Encarnación.

Utilizando el lenguaje del Salmo 8, que hablaba de la creación original de Adán y Eva, ahora habla de la Encarnación del Hijo de Dios. Otro tema que aborda es la Expiación en el capítulo 2. Nuevamente, combina tres temas, uno tras otro. Creo que ya lo dije antes.

La Biblia entrelaza estos temas de la obra de Cristo porque es una sola obra de Cristo, es un solo Cristo y una sola obra de Cristo, es una sola salvación. Y vamos a hablar de por qué la multiplicidad de imágenes. Es una muy buena pregunta.

Pero más adelante, por ahora, sólo note que aquí se pasa de la imagen del segundo Adán a la imagen de Cristo Vencedor. Versículo 14, Así que, por cuanto los hijos también participaron de carne y sangre, él igualmente, el Hijo en contexto, también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio

de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor a la muerte estaban sujetos a esclavitud de por vida. Este es Cristo nuestro campeón, Cristo nuestro vencedor, no sólo librando a su pueblo del temor a la muerte, sino derrotando al maligno mismo.

Pero observemos de nuevo cómo el escritor de Hebreos introduce el tema de Christus Victor. Puesto que los hijos de Dios comparten carne y sangre, en realidad, el griego dice sangre y carne, pero no se puede traducir de esa manera porque no hablamos de esa manera. Es idiomático en español y tiene el mismo significado.

Por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él mismo, el Hijo, participó también de lo mismo, para destruir al diablo y librar a su pueblo por medio de la muerte. La encarnación es una condición previa esencial para la obra de Cristo, ya sea en la imagen del segundo Adán, ya sea que se la represente como Cristo nuestro campeón, o en el lenguaje del gran sacerdocio de Hebreos, porque esa es la tercera imagen de la redención. La redención se usa en un sentido estricto en teología para significar esa misma imagen de comprar a los esclavos en virtud del precio de la redención y liberarlos.

También se utiliza en un sentido más general de salvación, por eso lo estaba utilizando aquí. No se trata del sentido estricto de redención, sino del sentido más amplio de salvación. La tercera imagen es el versículo 17 del capítulo 2 de Hebreos.

Un capítulo, segundo Adán, Cristo Víctor, motivo sacerdotal. Cada una de esas imágenes comienza con la encarnación. Por eso, tenía que asemejarse en todo a sus hermanos para convertirse en un sumo sacerdote misericordioso y fiel al servicio de Dios para hacer propiciación.

Este es el segundo de los cuatro usos de esa palabra, Romanos 3:25, 1 Juan 2:2, 1 Juan 4:10. Aquí en Hebreos 2:17, como sacerdote, Jesús hace propiciación por los pecados de su pueblo, y también, puesto que sufrió, ayuda a los que están siendo tentados. Pero una vez más, tenía que ser hecho como sus hermanos en todo sentido. Es una hermosa prosa que habla de la encarnación del Hijo de Dios.

En Hebreos 2, entonces, el escritor presenta la obra de salvación de Cristo utilizando tres imágenes. Cristo es el segundo Adán. Cristo es el vencedor.

Cristo es nuestro gran sumo sacerdote. El autor introduce cada imagen contando la encarnación. Claramente, es la condición previa esencial para la cruz de Jesús y su tumba vacía.

La encarnación de Jesús salva. Lucas 2,11. Los pastores en el campo quedan atónitos ante esta luz brillante. Y un ángel, si el buen Dios hubiera enviado a toda la compañía

de ángeles, tal vez habría algunos pastores muertos por ahí, algunos pastores catatónicos.

Entonces, es un gran gentil. ¿Una luz? Thomas Edison aún no hizo lo suyo. Una luz brillante, la gloria de Dios en la oscuridad.

Es una imagen hermosa, ¿no? Y, de todos modos, el ángel les dice: no tengan miedo. Les traigo una buena noticia que será motivo de gran alegría para todo el pueblo.

Lucas 2:11, que os ha nacido hoy, en Belén, la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. Incluso introduciendo este relato, ¿no? En la introducción del mismo, ya dice ser Salvador. Habla de su nacimiento y luego de su ser Salvador.

Es claro que la encarnación tiene como propósito la salvación. Gálatas 4 :4 y 5, en la plenitud de los tiempos, Dios envió a su hijo nacido de una mujer (referencia a María y la concepción virginal).

Nacidos bajo la ley. ¿Por qué? Para redimir a los que estaban bajo la ley, para que pudiéramos recibir la adopción como hijos. Y acabamos de ver Hebreos 2:14-15, ya que los hijos participan de carne y sangre.

Él también, el hijo de Dios, un título divino en Hebreos 1, tomó las mismas cosas, carne y sangre, para poder morir. Dios en el cielo no puede hacer expiación. Dios en la tierra, el Dios-hombre, sí hizo expiación.

La encarnación es el requisito esencial para la obra salvífica de Cristo. ¿Salva la encarnación de Cristo? Sí, pero hay que tener cuidado. ¿Salva la encarnación en sí misma? La respuesta es no.

La salvación no llega automáticamente a la humanidad cuando el hijo eterno de Dios se hace hombre. La ortodoxia oriental parece responder a veces a esta pregunta con un sí. Destacan con razón el milagro de la encarnación (y también deberíamos hacerlo nosotros), pero el acontecimiento en sí no salva.

Es una condición previa y esencial para la cruz y el sepulcro vacío. ¿La encarnación salva como condición previa y esencial para las obras salvíficas que le siguen? Sí. Sólo un redentor divino-humano lo haría.

Si el Hijo no se hubiera hecho hombre, no habría podido vivir una vida sin pecado, morir y resucitar para liberar a su pueblo. No habría podido ascender, sentarse a la diestra de Dios y derramar el Espíritu Santo. No habría podido interceder por nosotros y, ciertamente, no podría volver.

Philip Hughes subraya de forma memorable el nexo, la conexión entre la encarnación y la obra salvadora de Cristo. Pero Belén, que acaba de ensalzar como escenario de la encarnación, por improbable que parezca, todo el asunto es improbable. Dios anunció el nacimiento de su hijo a los reyes más grandes del mundo.

No, a los pastores. A los pobres y harapientos pastores. Quienes tenían ese carácter, se debate aquí, pero parece que su palabra no fue aceptada en un tribunal de justicia.

Dios les revela el nacimiento de su hijo. ¡Ah, sí, sí! Esto demuestra la gracia de Dios.

Él va a los humildes y ellos responden. Ellos van y luego difunden la palabra. El Señor tiene sentido del humor.

Belén no es toda la historia, dice Philip Edgecumbe Hughes. El nacimiento que tuvo lugar allí no fue un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. El fin para el que Belén fue un medio fue el Calvario.

Y si no se considera Belén en relación directa con el Calvario, se pierde su verdadero propósito y significado. La cuna fue el comienzo del camino que condujo a la cruz, y el propósito de la venida de Cristo no se logró en la cuna sino en la cruz. Así, Jesús se declaró hijo del hombre y vino a dar su vida en rescate por muchos (Mc 10,45). Y San Pablo proclamó en 1 Timoteo 1,15 que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.

Amén. La vida sin pecado de Cristo es la segunda condición esencial de la expiación. La impecabilidad de Cristo implica dos elementos, según Donald MacLeod en su maravilloso libro sobre la persona de Cristo.

En primer lugar, Cristo estaba libre de pecado real. No muestra ninguna conciencia de culpa. Nunca ora pidiendo perdón.

Nunca confiesa sus defectos. Al contrario, todo lo que hacía, pensaba o decía se ajustaba exactamente a la voluntad de Dios. Cumplía toda justicia como le dijo a Juan el Bautista, Mateo 3.15. En segundo lugar, estaba libre de pecado inherente.

En ninguna parte de las estructuras de su ser había pecado. Satanás no tenía ningún punto de apoyo en él. No había lujuria.

No había afinidad con el pecado. No había propensión al pecado. No había posibilidad de tentación desde dentro.

¿Desde fuera? Sí. ¿Desde dentro? No. En ningún aspecto había caído, y en ningún aspecto su naturaleza estaba corrompida.

Hasta el siglo XIX, esta era prácticamente la confesión unánime de la iglesia cristiana. Donald MacLeod tiene razón. Isaías, como vimos cuando hicimos sondeos bíblicos, predijo que el siervo del Señor que vendría no haría violencia ni habría engaño en su boca.

Por tanto, él, el justo, mi siervo, justificaría a muchos, y los cargaría, él cargaría con las iniquidades de ellos. Isaías 53 versículos 9 y 11. Todas las partes del Nuevo Testamento testifican que para realizar esa obra salvadora, el hijo y el siervo estaban sin pecado.

Los evangelios. El niño que iba a nacer, Gabriel, hablando en nombre de Dios, le dijo a María que sería llamado santo, hijo de Dios, Lucas 1:35. ¿A quién iremos?, dice Juan.

El apóstol. Tú tienes palabras de vida eterna. Tal vez sea Pedro, lo siento.

Juan 6:68, 69. Uno de los discípulos le dice a Jesús: ¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios. Libro de los Hechos.

Pedro no anda con rodeos cuando predica el evangelio. Sus oyentes judíos necesitan ser convencidos, y él los expone sin rodeos. Cita Hechos 3:14.

Pero vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida. Se refiere a Barrabás. Muchas veces, Jesús es llamado el siervo santo de Dios.

Solo una referencia más. Tengo un montón de ellas aquí para Max. Porque verdaderamente en esta ciudad, dijo Pedro, se unieron contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste.

Él está orando al Padre, tanto Herodes como Poncio Pilato, junto con los gentiles y el pueblo de Israel. Hechos 4:27. Pablo, al menos en un lugar, 2 Corintios 5:21 dice, por nuestro bien, al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado.

Para que en él fuésemos hechos justicia de Dios. Epístolas generales, Hebreos 4:15. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Hebreos 4:15. 1 Juan 2:1. Pero si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. 1 Juan 2:1. Podría multiplicar las referencias.

No lo haré. Apocalipsis 3:7. Todas las partes del Nuevo Testamento. Damos testimonio de la impecabilidad del Salvador y del ángel de la iglesia en Filadelfia, ¿no es así? Cito las palabras del Santo, el Verdadero que tiene la llave de David, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre.

Y continúa con las palabras de Jesús. Apocalipsis 3:7. No sólo todas las partes del Nuevo Testamento, un poco del Antiguo Testamento, sino todas las partes del Nuevo, como podríamos esperar cuando venga el Redentor, dan testimonio de su impecabilidad. Pero al examinar varios aspectos de la vida de Jesús se obtiene el mismo resultado: su justicia antes del nacimiento.

Como vimos, Dios anunció que él sería el santo hijo de Dios. Lucas 1:35. En una palabra, Isaías profetiza que no hubo engaño en su boca.

Isaías 53 9. Asimismo, Pedro afirma, citando precisamente a Isaías, que en su boca no se halló engaño. Cuando le injuriaban, no injuriaba y luego respondía. Cuando padecía, no amenazaba.

1 Pedro 2:22 23. En efecto, como vimos, Pablo escribe: Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado. Significa experiencialmente, para que en él fuésemos hechos justicia de Dios.

2 Corintios 5:21. Pedro anuncia que no ha cometido ningún pecado, sino que sigue encomendándose a aquel que juzga con justicia. 1 Pedro 2:22 23.

Cada aspecto de la vida terrenal del hijo de Dios exhibe su impecabilidad, su carácter. No es de sorprender, entonces, que el Nuevo Testamento testifique repetidamente de su carácter puro y santo. El santo y justo, Hechos 3:14.

Vuestro santo siervo Jesús, Hechos 4:27, 4:30. El justo, Hechos 7:52, Hechos 22:14. El justo, 1 Pedro 3:18.

Jesucristo el justo, 1 Juan 2:1. El santo, 1 Juan 2:20. Él es puro, 1 Juan 3:3. En él no hay pecado, 1 Juan 3:5 y 6. Él es justo, 1 Juan 3:7. El santo, Apocalipsis 3:7. Con esto termino. Varios testigos, es decir, diversas personalidades, buenas y malas, dan testimonio de la rectitud moral de Jesucristo.

Los demonios se encuentran con Jesús. El espíritu inmundo dentro de un hombre clama: “¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres”. La ironía es que los demonios saben más que los pobres discípulos. Tú eres el Santo de Dios, Marcos 1:24.

Discípulos, Pedro, portavoz de los doce, no Juan, sino Pedro dijo: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes lo eterno, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y

conocemos que tú eres el Santo de Dios, Juan 6:68-69. Enemigos, cuando se enzarzaron en una batalla verbal con los líderes judíos que querían apedrearlo hasta la muerte, Jesús dice: ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Romanos 8:46. Y puedes apostar que si pudieran, lo habrían hecho.

Ya sean seres humanos o ángeles caídos, amigos o enemigos, los testigos coinciden en que Jesús de Nazaret es el Santo de Dios. Las Escrituras no sólo se relacionan con la impecabilidad de Jesús, sino también con su obra salvadora. Escuche las elocuentes palabras de Philip Hughes.

La perfección de Jesús no fue, pues, sólo una perfección del ser, sino una perfección del devenir. La primera fue sostenida por la segunda a medida que, progresivamente, iba consolidando lo que era y lo que debía ser. Pero en ningún sentido el perfeccionamiento de Jesús fue un progreso desde la imperfección hacia la perfección.

Si en algún momento hubiera sido imperfecto o hubiera caído, aunque fuera por un momento, en la desobediencia, habría fracasado en todo lo que llegó a ser y hacer. Se habría convertido en el primer Adán. Incompetente, entonces, para salvar a otros, él mismo habría estado necesitado de salvación.

Habla con reverencia, por supuesto. La encarnación no fue una excursión cómoda ni un interludio agradable. No consideramos suficientemente el costo extremo que tuvo en sufrimiento y angustia para aquel que es el Hijo eterno de Dios, una imagen a la que nosotros estamos formados, ni tampoco recordamos, como deberíamos constantemente, que la perfección de la obediencia que él estableció a través del sufrimiento no fue para su bien, sino para nuestro bien, para nosotros los hombres y para nuestra salvación.

Nuevamente, citando los credos antiguos, ¿qué significado teológico tiene la impecabilidad de Cristo? La Escritura nos dice, Isaías ya nos lo dice, 53:11, por su conocimiento el justo, mi siervo, justificará a muchos, ¿cómo? Él llevará las iniquidades de ellos. Isaías 53:11, ya Isaías combina la pureza de Jesús y su expiación. Por nuestro bien, Dios hizo pecado a aquel que no conoció pecado para que en él pudiéramos ser hechos justicia de Dios.

Nuestra justificación depende de la propia justicia de Jesús. Por supuesto, también de su muerte. Lo que quiero decir ahora es que hay dos condiciones previas esenciales para la expiación salvadora de Jesús: su encarnación y su impecabilidad.

Con estas citas de la Escritura nuestro que la Escritura misma considera su impecabilidad como una condición previa para la expiación. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Acerquémonos, pues,

confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

La impecabilidad de Jesús a través de la tentación que nunca conoceremos. El diablo de uno en uno, que nunca sea así, oh Señor, nunca pecó. Eso lo califica como nuestro gran sumo sacerdote que nos dará gracia y misericordia cuando la necesitemos.

Cristo también padeció, escribió Pedro, una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. La justicia de Cristo lo califica para ser nuestro sustituto, 1 Pedro 3.18. Pero si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo, 1 Juan 2:1. Sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado, según 1 Juan 3:5. Esta es una impresionante variedad de pasajes desde Isaías hasta Pablo, escritor de Hebreos, Pedro, Juan y en el último libro de la Biblia, que creo que también fue escrito por Juan, se proclama la justicia de Jesús y se conecta con su logro salvador. Por lo tanto, en diferentes contextos, con diferentes palabras, en diferentes momentos y con diferentes propósitos, Isaías, Pablo, autor de Hebreos, Pablo y Juan, Pedro y Juan proclaman todos el mismo mensaje.

Sólo el Hijo de Dios, sin pecado, puede ser el Salvador del mundo. Robert Latham resume correctamente, con perspicacia, con razón también, pero con perspicacia este mensaje. Hay un testimonio constante en el Nuevo Testamento de la impecabilidad de Jesús.

Para los escritores del Nuevo Testamento, esto es algo que no tiene discusión. Sin duda, Jesús es plenamente humano y no podría haber salvación a menos que el Verbo se hubiera hecho carne. Pero ¿acaso la humanidad plena y verdadera requería pecado? La respuesta a esa pregunta debe ser no.

Así como Adán, cuando fue creado, era completamente humano, pero sin pecado, así también el segundo Adán, que tomó el lugar de Adán, no sólo comenzó su vida sin pecado en virtud de la concepción virginal, sino que continuó así sin pecado. Adán fue tentado en un hermoso jardín y sucumbió. El segundo Adán fue tentado en un desierto desolado y, aun así, triunfó.

Mateo 4:1 al 10. Lucas 4:1 al 12. Nuevamente, el objetivo final de nuestra salvación es visto como la liberación final del pecado y sus consecuencias.

La vida y la justicia reemplazarán a la muerte y la condenación. ¿Seremos menos que plenamente humanos por ello? De hecho, ocurrirá lo contrario. Seremos hombres y mujeres plenos, rehechos a imagen de Dios.

La suposición que se da en el Nuevo Testamento de que la verdadera humanidad de Cristo implica una absoluta impecabilidad está en armonía con la enseñanza

antropológica y soteriológica básica de toda la Biblia. Es decir, encaja con la doctrina bíblica de la humanidad y es esencial para que Cristo lleve a cabo su obra salvadora. De hecho, la encarnación y la vida sin pecado de Jesús son requisitos previos esenciales para la redención de los hijos e hijas caídos de Adán.

La encarnación fue esencial para que se cumpliera la obra de salvación. Era necesario que el Hijo de Dios se hiciera hombre para salvar a su pueblo de sus pecados. Asimismo, Cristo tuvo que vivir una vida sin pecado para poder llevar a cabo la redención.

Un pecador no puede rescatar a los pecadores. Sólo un Salvador sin pecado lo hará. En ese sentido, la vida sin pecado del Señor Jesús salva, como enfatiza John Stott, y cito: "su obediencia fue indispensable para su obra salvadora.

"Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos." Romanos 5:19. Si hubiera desobedecido desviándose un centímetro del camino de la voluntad de Dios, el diablo habría ganado terreno y frustrado el plan de salvación.

Pero Jesús obedeció y el diablo fue derrotado. Por eso, se negó a desobedecer a Dios, a odiar a sus enemigos o a imitar el uso del poder del mundo. Por su obediencia, su amor y su mansedumbre, obtuvo una gran victoria moral sobre los poderes del mal.

Él permaneció libre, incontaminado, sin compromisos. El diablo no pudo apoderarse de él y tuvo que admitir la derrota".

Por indispensables que sean la encarnación y Cristo en esta vida, no salvan por sí mismos, sino que son condiciones previas esenciales para los acontecimientos salvíficos centrales de Cristo: su muerte y resurrección. Estos acontecimientos serán el tema de nuestra próxima conferencia.

Este es el Dr. Robert Peterson y su enseñanza sobre las obras salvadoras de Cristo. Esta es la sesión 10, Los nueve eventos salvadores de Cristo, Segunda parte, Requisitos previos esenciales, Encarnación y la vida sin pecado de Jesús.